



TEMPLO DE LORETO. MÉXICO.

• 40 •

Tal vez fué en la Catedral de San Pedro de Roma donde el primero de los arquitectos que ha tenido México, Tolsa el genial, se inspiró para edificar la iglesia cuya vista decora esta página, iglesia que, como todas las obras de ese artista, es justo ornamento no de la Capital, del país entero. Decimos que acaso se inspiró en la basílica romana, por la concepción arquitectónica, de tan severa como grandiosa arrogancia, que se nota en el templo de Loreto. Sea ó no, lo cierto es que Tolsa debe haber estado muy influido por los medelos clásicos puros. Constituyen el frente de esta Iglesia dos sencillos cuerpos de edificio coronados nada más que por un ático y dos pequeños campanarios. No hay torres. Pero la pureza de líneas del ático, típica en Tolsa, basta para hacer de esta portada, junto con la sencillez del friso que domina la puerta mayor, un remedo pequeño, pero digno, del frente de la Catedral de Roma. Poco necesitará alejarse el observador, pero aun cuando se alejase leguas varias,

no por eso dejaría de contemplar en primer término, sobresaliendo sobre la masa total del edificio, y aun sobre la masa total de la ciudad, la grandiosa cúpula que ha dado fama á este templo y que justamente puede enorgullecer á la población donde se levanta. Desde cualquier punto de los alrededores de la metrópoli, nada se destaca con la amplitud y el vuelo arrogantísimo de la cúpula de Loreto. Apóyase sobre magnífica columnata corintia y grandes pilastras que sostienen robustos contrafuertes y poderosos botareles. Sobre estas columnas corre una balaustrada de piedra interrumpida por artísticos remates en prisma y pequeños áticos entretrojados de festones. Sobre esto, desarróllase la curva de la bóveda; no de media naranja, sino amplísima, gallarda, imitando en todo su desarrollo la curva portentosa del dombo de San Pedro. En la suprema cúspide, la más atrevida y grácil linternilla sustenta la cruz que rasga los celajes, pregonando el genio del artista.



ESTATUA DE CUAUHTÉMOC. MÉXICO.

• 41 •

Hacia la mitad, próximamente, de la hermosísima perspectiva del Paseo de la Reforma, álzase en una glorieta el monumento más bello tal vez de todos cuantos eternizan la memoria de algún héroe, en el vasto territorio de la República Mexicana: el monumento dedicado al Emperador Cuauhtémotzín, último heroico monarca de la soberbia dinastía mexicana. La concepción de este monumento, debida al ingeniero mexicano Don Francisco Jiménez, consta de dos partes igualmente felices: el pedestal y la estatua. El primero ostenta gallardamente, en la piedra labrada, los rasgos característicos de la arquitectura y del arte decorativo de los aborígenes del Anáhuac. Columnas, grecas y molduras están fielmente, y con peregrina belleza, reproducidas de los monumentos más célebres que dejaron aztecas, zapotecas y toltecas; descansa el pedestal sobre un amplio zócalo de piedra, en cuyos segmentos opuestos descansan ocho figuras de bronce, que representan, con su natural tamaño y configuración, al temible tigre del Anáhuac ó puma mexicano. Tres cuerpos superpuestos á la manera de los antiguos *teocalli*, componen el pedestal, sobre el que se yergue, con arrogancia magnífica, la es-

tatua de bronce del rey Cuauhtémoc. Si bello es el pedestal á que nos hemos referido, digno de él, y superior á todo encomio, es esta bellísima figura bronceada. Mide la estatua, cinco metros de altura, la figura sola, y no hay términos con que ponderar la majestad, elegancia y augusta excelcitud de su continente. El escultor estuvo verdaderamente inspirado. Aparece el emperador, cubierto con la túnica real de los emperadores mexicanos, y es verdaderamente asombrosa la libertad, soltura y movimiento que el escultor comunicó á estos pliegues del paño de bronce. Corona la soberbia frente del monarca el magnífico penacho de los guerreros, y vibra en su diestra el dardo fulgurante, que parece ir pronto á lanzarse en dirección del blanco y barbados, que vendrían á sojuzgarlos. Desde cualquier punto que se contemple tan magnífica figura, resalta su gallardía, la pureza y atrevimiento de la línea y el acabado de la ejecución. Este monumento lo esculpió, conforme al plano de Jiménez, el escultor mexicano D. Miguel Noreña.



MONUMENTO Á CUAUHTEMOC. (Alto-relieves). MÉXICO.

• 42 •

No cabe duda que la estatua levantada al último de los reyes aztecas en el Paseo de la Reforma, es una obra acabada, tanto en la concepción general, como en los diversos, ricos pormenores que la adornan. Cuando el espectador ha quedado fascinado de contemplar la figura, que parece mirar de hito en hito al mismo Sol, cuando aparece en el Oriente, la atención no puede entonces menos de concentrarse en el bellissimo pedestal, de tres cuerpos superpuestos, sobre que se asienta la figura de bronce. Y entonces admira aquella su disposición escalonada, semejante á los antiguos adoratorios mexicanos; y en el segundo cuerpo, las fantásticas columnas que parecen traídas del Oriente, por su suntuosidad, y, sobre ellas, aquella bellissima cornisa realzada con todos los primores de arte decorativo indígena, que algunos han parangonado con el egipcio, y que no faltan artistas que lo concepten como el primero de la antigüedad. En las caras de ese mismo cuerpo, las panoplias en bronce de las armas de los guerreros aztecas, de

los temibles caballeros tigres, que vibraban el arco y oponían rutilante escudo á las flechas enemigas, escudos antes invencibles, que resguardaban corazones á los que ¡ay! solamente las aceradas balas pudieron domeñar.

En las cuatro caras del cuerpo inferior, los nombres gloriosos de Coanacoch, Tetlepanquéztal, Cacama y Cuitláhuac, el valeroso adalid que ocasionó á los españoles la pavorosa derrota de la Noche Triste, cuando el conquistador lloró su conquista perdida al pie del histórico sabino.

Y bajo estos nombres venerandos, sobre dos caras opuestas, los magníficos alto-relieves del artista Guerra, uno de los cuales verá el lector reproducido en esta página. Dignos son, por su belleza, de aparecer en este precioso monumento, donde no hay un rasgo que no sea genuinamente artístico. La escena representa el tormento del indomable Cuauhtémoc, que dejó sus pies brujir por el fuego, sin que la sonrisa despectiva se borrara de sus labios.



TEMPLO DE SANTA TERESA. MÉXICO.

• 43 •

La más esbelta, si no la más grandiosa de la ciudad, es la cúpula del templo del Señor de Santa Teresa, uno de los más hermosos de México. Si el frente de esta iglesia no luce debidamente, por hallarse en una calle estrecha y de poca perspectiva, en cambio, la rotunda descuelta sobre todos los edificios inmediatos, y aun sobre toda la ciudad, pues es, sin duda, la más elevada de las cúpulas de la metrópoli.

Su rasgo característico es la esbeltez. Apyrase en una hermosa columna jónica, coronada por un friso circular, en el que se lee una inscripción latina. Este friso presta mucha originalidad y elegancia al conjunto.

Sobre él, pequeñas pilastras, alternadas con ventanitas, sostienen la bóveda, que remata una muy graciosa linterna. El tono gris de la piedra y la hermosura de la columna en mérito artístico.

Merece citarse como detalle curioso, el hecho de que esta cúpula se desplomó á causa de un terremoto, cayendo las piedras en el interior de la iglesia. Esta no es notable, sino por un hermoso púlpito y dos altares platerescos. Santa Teresa es una de las iglesias preferidas de la buena sociedad mexicana.



No basta recorrerla rápidamente para darse cuenta exacta de la importancia y de la belleza de esta Colonia riquísima. Es preciso haberla habitado ó conocerla con toda plenitud de detalles. Es indispensable haber caminado á lo largo de sus anchísimas avenidas, magníficamente pavimentadas, y haber contemplado con detenimiento sus fastuosos edificios, ornato de la Capital.

Decidido el Ayuntamiento metropolitano, á hermosear en cuanto es posible el suburbio más be-

llo de la ciudad, no ha omitido sacrificio para conseguirlo. Ocupa la Colonia Juárez una vastísima extensión, que apenas unos años atrás estaba formada en su totalidad por terrenos abandonados y eriazos.

Una población de no pequeña magnitud podría extenderse cómodamente en la superficie ocupada por este barrio aristocrático, cuyo número de habitantes, sin embargo, no es el que podría

● COLONIA JUÁREZ. (Calles de Liverpool y Dinamarca), MÉXICO.

esperarse de la extensión de los terrenos ocupados; mas es que aquí las fincas están construidas con pródiga amplitud, cada palacio está rodeado de jardines extensos, á pesar de lo cual, dado el costo de la vida en este barrio y la calidad escogida de la población que lo ha elegido, puede afirmarse que es bastante crecido, proporcionalmente, al número de personas vecindadas en su zona.

Como en todo estilo moderno, verdaderamente no hay "estilo" propiamente tal, en las cons-

trucciones que se levantan á lo largo de estas calles. La fantasía de los arquitectos ha tenido un campo amplísimo donde explayarse.

Nótase, con todo, cierto predominio del estilo francés actual. Por todas partes se ven casas de dos pisos, guarnecidas de piedra y coronadas por las típicas mansardas, tan características de las ciudades de Francia.